



Dibujo Realizado por Antonio Garrigues Walker
(Madrid, 23 de Marzo, 2020)

Fide: Reflexiones Sociedad Civil (II)

23 de marzo de 2020

Reflexiones desde la sociedad civil.

El pasado jueves 19 de marzo os presentamos las primeras reflexiones desde la sociedad civil que hemos recopilado entre miembros y colaboradores de Fide. Para quienes no las hayáis leído podéis [consultarlas aquí](#).

Hoy, pasados cuatro días os enviamos las aportaciones recibidas en este breve periodo de tiempo porque consideramos que, atendida la rapidez con la que se están desarrollando los acontecimientos y la necesidad manifiesta de todos nosotros de escuchar voces cualificadas en los diferentes ámbitos, es enriquecedor leer sus opiniones, conocer sus reflexiones y qué les ocupa y preocupa en este especial momento. Por ello hemos decidido hacerlo con una periodicidad inferior a la semana.

Ahora, más que nunca, sentimos que la soledad puede ser un enemigo, pero puede ser también un revulsivo para acudir a escuchar, a leer a otros, a reflexionar sobre sus puntos de vista e incluso a sentirnos animados por la certeza de que hay magníficos seres humanos a nuestro alrededor trabajando y muy intensamente por el bien común.

Estoy segura de que en las páginas que siguen encontrareis motivos para elevar el ánimo, para reflexionar acerca de lo que está sucediendo.

Espero sinceramente que así sea. Os vuelvo a invitar a que continuéis participando en este documento, que tantas felicitaciones ha recibido por su oportunidad y por su calidad.

Cristina Jiménez Savurido
Presidente de Fide.
Madrid, 23/3/2020.-

Índice

1. Sobre el Estado de Bienestar y el empleo 4

María Emilia Casas Baamonde, 5

2. Las lecciones aprendidas en los primeros días del COVID-19. Cuál es el papel de un profesional de la privacidad 6

Ricard Martínez Martínez 8

3. PANDEMIA 9

Juan Manuel de Faramiñán Gilbert 11

4. La Paradoja del Siglo XXI, COVID-19 12

Laura Sacristán Martín 13

5. De la guerra... y de lo que no lo es 14

Ángel Gómez de Ágreda 16

6. Antes y después 17

Jesús Quijano, 19

Sobre el Estado de Bienestar y el empleo

Me decía hace pocos días un amigo a través un correo electrónico que de esta crisis sanitaria de excepción provocada por el Covid-19 saldremos transformados. Sin duda, ya nos hemos transformado y lo seguiremos haciendo. La referencia a las personas vulnerables o a las más vulnerables ha ocupado un sitio en el lenguaje informativo que antes no tenía. El surgimiento natural de movimientos de solidaridad de voluntarios con los más vulnerables ha sido una de las enseñanzas importantes de esta crisis sanitaria. Vivimos una situación desconocida, preocupados por la propagación del coronavirus, siguiendo con responsabilidad las medidas de aislamiento personal para evitarlo y con la conciencia de que ese aislamiento pone en cuestión una característica esencial de los seres humanos, la sociabilidad, decisivamente afectada por las severas restricciones impuestas en nuestra libertad constitucional de movimientos por el real decreto que ha declarado el estado de emergencia de acuerdo con las previsiones constitucionales. El mundo se ha parado, pero sobre todo es nuestra cotidianeidad la que se ha parado.

Y es difícil transformar nuestros comportamientos, que hasta este mes de marzo de 2020 había seguido por otros derroteros, los de la libertad desde el advenimiento de la democracia, pues los derechos están al servicio de la libertad e igualdad de las personas.

Oigo que el coronavirus se sigue expandiendo y que los profesionales de la sanidad piden más medios para pelear protegidos y con una capacidad de respuesta adecuada. Es una tragedia de dimensiones mayúsculas, con consecuencias económicas y sociales de magnitud aún desconocida, inmediatas y que se prolongarán durante largo tiempo.

Como dijo Horacio, acuérdate de conservar la mente serena en tiempos difíciles. Si seguimos su consejo podemos reflexionar con serenidad sobre algunos aspectos relevantes para nuestro vivir en sociedad, sobre los que hemos debatido con frecuencia, pero que la pandemia ha puesto en primer plano de actualidad.

El primer objeto de la reflexión ha de ser el sistema o Estado de bienestar, esto es, el Estado social de Derecho, que ha de proteger la salud de las personas. El valor de la sanidad pública es innegable, como lo es la excelencia de nuestros profesionales. La cuestión es si la sanidad pública española está preparada con los medios personales y materiales necesarios para enfrentarse a una pandemia de estas características o si la pandemia la desbordará. Y en caso de que lleguemos a una conclusión negativa sobre la salud del sistema de salud, habremos de determinar qué papel ocupará su mejora en el futuro, qué recursos han de destinarse a la financiación de la sanidad, y si ello significará un cambio de las prioridades sociales.

El trabajo, factor de producción de riqueza y de socialización, tiene un papel fundamental en esta crisis. Si el trabajo sanitario es esencial, como también lo es el

trabajo en los servicios esenciales, el trabajo en general ha sido contenido, en distintos sectores de actividad con carácter imperativo, ya que las personas somos transmisores de la enfermedad. Para luchar contra la crisis sanitaria el Derecho de la crisis del coronavirus ha declarado preferente la modalidad de trabajo no presencial, a distancia, el teletrabajo, allí donde sea posible. ¿Están nuestras empresas, nuestro país, tecnológicamente preparado para hacer factible el mantenimiento de trabajo no presencial? O, ¿atendiendo a los recursos destinados a este fin, precisamos de un gran salto tecnológico?

En cualquier caso, las suspicacias frente a la digitalización, por sus probables efectos de supresión o sustitución del empleo, se han mitigado notabilísimamente en esta crisis.

La idea de responsabilidad personal, de cada uno de nosotros, en la lucha contra la crisis sanitaria renueva nuestra sociedad. Es una idea que esta crisis ha hecho necesaria y que tiene una gran potencialidad de futuro.

¿Estamos ante una crisis sin precedentes, diferente a la financiera de 2008 y tratada con una metodología diferente a la que allí se utilizó? Es evidente que en este momento sí, pues las políticas gubernamentales, y en concreto la española, ha decidido inyectar y movilizar recursos económicos para proteger la salud y para salvaguardar el empleo (suspensiones contractuales y reducciones de jornada frente a despidos y mantenimiento del empleo tras la reanudación de la actividad). Pero ¿significa ello que esté asegurado que la actuación sobre el sistema económico y el empleo para el día después de superada la crisis sanitaria siga pautas diferentes a la de la crisis financiera de 2008, expansivas en el gasto y no de austeridad y de recortes? ¿Cómo se amortigua el extraordinario impacto en la economía y en el empleo de su paralización por el Covid-19?

La crisis excepcional sanitaria nos deja, entre otras conclusiones, la vulnerabilidad de los mayores en sociedades envejecidas, que hay que atender. ¿Y Europa?

María Emilia Casas Baamonde,
Catedrática de Derecho del Trabajo y de la Seguridad Social.
Presidenta Emérita del Tribunal Constitucional
Miembro del Consejo Académico de Fide.
Madrid, 20/3/2020.-

Las lecciones aprendidas en los primeros días del COVID-19. Cuál es el papel de un profesional de la privacidad

En estos días asistimos a un torrente de información sobre protección de datos en el contexto de la reacción europea en la lucha contra COVID-19. De estas noticias, comentarios y blogs, podemos extraer algunas primeras lecciones útiles para el futuro. Aunque también otras que no hacen sino expresar lo peor de la condición humana.

En esta categoría se sitúan sin duda las *fake news*, las actividades delictivas orientadas a la obtención fraudulenta de datos o al *phising*, o los ataques de *hacking* o ciberguerra a instalaciones estratégicas. Se trata de conductas deleznable que deben ser perseguidas sin duda con un rigor implacable.

Una de las cuestiones realmente preocupantes es la percepción de la privacidad por los medios de comunicación en relación con el diseño y uso de aplicaciones relacionadas con el virus. Mientras se redactan estas líneas y de ser cierto lo que leo en algunos periódicos y medios especializados me temo que la Comunidad de Madrid transmutará en un nuevo Leviatán presidido por una Gran Hermana. Y ello mueve a una profunda reflexión en estos momentos de zozobra y crisis social. ¿Cuál debería ser nuestro papel? Revisar una política de privacidad o una informativa sobre cookies y encontrar algún error es algo extraordinariamente fácil. Y es irrelevante si se trata de la administración, si es de una gran corporación, si la redactó el más sublime de los juristas o el peor de los aprendices. En todas hay errores. Unas serán genéricas, otras serán excesivamente prolijas, en la mayoría de ellas criticaremos su usabilidad y comprensibilidad...

El problema se produce cuando hablamos de una aplicación destinada al soporte de la lucha contra COVID-19 y de los errores de una política de privacidad se deduce una malévolos intención y se disuade al público de usarla. En este sentido, es muy importante entender el contexto. De los que nos precedieron hemos aprendido el valor crucial de las tecnologías de la información para la epidemiología moderna. Y permita el lector que, con respeto a su inteligencia use un ejemplo banal.

El autor de estas líneas subió el domingo 15 de marzo hacía las 12, aunque no les sabría precisar con exactitud, al autobús número 94 en el Paseo de la Alameda de Valencia descendiendo cerca de las Torres de Serrano. En el bus había como 50 personas de las cuales la inmensa mayoría ancianos. Y tosí, tosí mucho debido a mi catarro. Si ahora estuviera febril en urgencias, no podría contar esto. Habría 50 potenciales personas de alto riesgo no identificadas en mi ciudad. La geolocalización de mi número de teléfono móvil las identificaría en segundos.

Y aunque probablemente esto no sea funcional a estas alturas, o tal vez sí, lo cierto es

que la combinación de smartphones, aplicaciones, analítica de datos e inteligencia artificial puede ser extraordinariamente útil. Permite cruzar movilidad y prevalencia de la epidemia, ayuda a identificar si una llamada al 112 la realiza un paciente auto diagnosticado en una zona con alta densidad de casos o al contrario con capacidad de diseminar el virus en zonas poco impactadas, ayuda a la toma de decisiones en la asignación de hospital y en la gestión de stocks de materiales hospitalarios...

Y esto me plantea algunas cuestiones de ética profesional. La primera reside en un cambio de óptica. Los expertos en protección de datos tendemos a ver la realidad desde un único prisma: el del Reglamento General de Protección de Datos. Esto impone una visión de túnel, una renuncia a la interpretación sistemática del Ordenamiento y, desgraciadamente conduce a una inversión de los valores para los que fuimos formados. Así, cuando los profesionales nos empeñamos en ordenar todo desde una suerte de soberbia intelectual podemos hacer mucho daño. Un ambiente hostil y que persigue por definición la innovación tecnológica desde la sospecha produce un efecto paralizante en la investigación y la innovación y convierte a España en un país hostil del que huye la inversión.

Esta actitud de campeón de la privacidad en la que tantas veces yo mismo incurrí puede tener consecuencias trágicas en los tiempos de COVID-19. Y los hechos lo demuestran. Algunos profesionales han dedicado un esfuerzo más intenso a acreditar que no se podían tratar datos personales de pacientes y de la ciudadanía que a buscar cómo hacerlo. Cuando no a leer cada coma en una política de cookies.

No es este un espacio adecuado para una prolija reflexión. Baste con señalar que en mi opinión el juego combinado de distintas normas habilita para el tratamiento de datos cuando su finalidad sea proteger la vida. En primer lugar, cabe entender que, en un contexto de pandemia, el interés vital recogido por el Reglamento General de Protección de Datos se convierte en un valor colectivo. En este contexto, una interpretación sistemática del Ordenamiento permite inferir que es posible tratar datos sobre la base de las facultades que derivan para los poderes públicos en salud pública tanto de la Ley general de salud pública como de la LO 3/1986, y también de la disposición adicional decimoséptima de la LOPDGDD sobre tratamientos de datos de salud. Por otra parte, bajo ciertas condiciones incluso la imposición de prohibiciones de circular en un Estado de Alarma ofrecería un soporte normativo adecuado.

COVID-19 nos enfrenta a nuestra actitud profesional. ¿Dónde queremos estar? ¿Al lado de los desarrolladores o frente a ellos? ¿Contribuyendo al esfuerzo o juzgándolo desde la distancia? ¿Dedicados a un trabajo oscuro a pie de obra o frente a los focos? Esta crisis nos enfrenta a nuestras miserias, a nuestros egos, a nuestro afán de protagonismo. Pero también, nos permite exhibir nuestros valores. Nos debe hacer ser generosas y

generosos, ponernos al servicio de la comunidad. Y ello exige, prudencia y templanza, comedimiento y rigor. Enfrentamos la crisis sanitaria más grave de nuestro tiempo sin un esfuerzo jurídico europeo concertado que abordase con pautas compartidas la investigación sanitaria, el desarrollo de aplicaciones, y ni siquiera la interpretación del concepto de seguridad o salud públicas.

No son días para el protagonismo personal. En tiempos de crisis no hay más opción que la del trabajo, y el servicio público. Si al proteger datos protegemos personas, pensemos en ellas como seres dolientes, angustiados, pensemos en sumarnos a la lucha por la vida. También desde la protección de datos.

Ricard Martínez Martínez,
Director de la Cátedra de Privacidad y Transformación Digital,
Universidad de Valencia.
Madrid, 20/3/2020.-

PANDEMIA

Hay momentos en la historia en que se producen giros que podríamos interpretar como goznes que cambian el sentido de la vida. Esta pandemia, generada por el virus Covid-19 (*Corona Virus*), que se ha extendido a lo largo de todo el planeta, va seguramente a generar un cambio radical en nuestras próximas costumbres. Sería un grave error no tomar consciencia de la necesidad de evaluar nuestros futuros comportamientos extrayendo una enseñanza de esta dolorosa experiencia.

La distopía parece haberse encarnado en nuestra realidad cotidiana y el film “Contagio”, de Steven Soderbergh, estrenado en 2011 y protagonizado por Matt Damon, relata, desde la ficción, la misma realidad que hoy nos ha tocado vivir. No deja de ser extraño que esta película se haya basado en una obra publicada en 1981 por Dean Koontz. “*Los ojos de la oscuridad*” (*The eyes of darkness*) en la que se cuenta que un virus extremadamente mortal que surge en un laboratorio, como una “poderosa arma biológica” en la ciudad de Wuhan al que se le bautiza como “Wuhan-400”. No deja de ser curioso que el *Corona Virus* haya surgido en la ciudad china de Wuhan, capital de la provincia de Hubei, y ha extendido su contagio, en muchos casos letal, por todo el planeta.

Quisiera comentar en primer lugar que nos estamos percatando de que las fronteras entre los Estados, sobre las que tanta sangre se ha derramado en defensa de los estériles nacionalismos ahora son violadas por un agente invisible como este virus. Esto nos ha demostrado que esas fronteras no existen y que la pandemia se extiende sin consideraciones geográficas, culturales o sociales. Todos somos vulnerables sin excepción. En esas mismas fronteras hemos discriminado a seres humanos a los que huyendo de la pobreza, del hambre, de las guerras no les hemos dejado entrar a una Europa fortaleza, creyéndonos superiores a todos. Este virus nos ha demostrado que deberíamos haber sido más humanos. Ahora somos nosotros los perseguidos por una fuerza invisible que nos recluye y nos mata.

En segundo lugar, con esa misma soberbia con la que actuamos mirando hacia otro lado frente al dolor de los otros, tampoco hemos tenido la menor contemplación en deteriorar el planeta en el que vivimos. Lo hemos contaminado, lo hemos sumergido en plásticos y basura, hemos esquilado sus bienes naturales, hemos quemado los bosques y nos hemos reído del cambio climático. Este virus nos ha vuelto a demostrar que con las leyes de la naturaleza no se juega y que toda mala acción tiene una reacción en sentido contrario igual de mala. Pues un virus que ha nacido probablemente en algún laboratorio o por la imprudencia de algún ser humano, como resultado de buscar alimentos en seres vivos que nosotros mismos hemos contaminado, se está expandiendo por todos los continentes haciendo estragos en los seres humanos más vulnerables.

En tercer lugar, esta pandemia nos está enseñando que todos sin excepción deberíamos generar una responsabilidad individual y colectiva que nos recuerde que el bien del otro es también nuestro propio bien, que lo que siempre hemos poseído se puede desvanecer en un abrir y cerrar de ojos. Este encierro, al que nos hemos sometido todos para evitar los contagios, nos está haciendo abrir los ojos y comprender la importancia del abrazo fraterno. Este aislamiento resulta terapéutico para aprender a conocernos a nosotros mismos en la soledad y la introspección. También para valorar a nuestro entorno, a nuestra familia, a nuestras amistades, a nuestros seres queridos.

¿Qué conclusiones podemos recabar del dolor de esta pandemia?

En primer lugar, que cuando la pandemia haya remitido ya no seremos iguales, que nuestros comportamientos habrán cambiando y que si no lo hacemos habremos cometido otro error imperdonable. El dolor tiene que ser un vehículo de conciencia para darnos cuenta de que **“todos somos uno”** y que el dolor del otro es también nuestro dolor. No puedo imaginar cómo será el mundo después de esta pandemia, pero quiero desear que sea mejor y que todos hayamos aprendido a no parapetarnos en fronteras que en realidad son una ficción geográfica y que hemos visto como se diluyen con un enemigo invisible.

En segundo lugar, será necesario que aprendamos a cuidar y respetar el planeta en el que vivimos, pensemos que aposentados en su costra planetaria giramos alrededor del Sol, pero que, en la cotidianidad durante la que se desarrolla nuestra existencia, vamos perdiendo la noción de que estamos viviendo sobre un cuerpo celeste que gira de acuerdo con las leyes del universo. Ese olvido ha resultado muy nocivo pues ha hecho no solo que despreciemos la salud del planeta Tierra, sino que también ahora, en la ambición desmedida de dominar los recursos naturales, estemos mirando con avidez a los otros planetas del sistema solar y a los asteroides. Parece que no tiene límites nuestra codicia. Debemos darnos cuenta de que todo este desatino se paga, que todos estos errores tienen un precio que lamentablemente, hoy por hoy, estamos pagando con vidas humanas.

¿Cuánto tiempo vamos a necesitar todavía para aprender que **“con las leyes del universo no se juega”**?

En tercer lugar, encerrados en nuestras casas, que es lo que debemos hacer para evitar la propagación de un virus que posee una increíble rapidez de contagio como es el Covid-19, nos hemos percatado de muchas cosas que hemos perdido, entre ellas el contacto humano. No hay nada más didáctico que perder algo para valorar su falta y darnos cuenta de que hemos vivido sin percatarnos de lo que poseíamos. Ante esta pandemia estamos obligados a comunicarnos por medios virtuales y nuestros abrazos son también virtuales, por lo que hemos vuelto a añorar el abrazo carnal. Cuando todo esto haya pasado deberíamos desarrollar lazos más fraternos y ampliar nuestros conceptos de

alteridad, puesto que nadie puede completarse en reclusión, pues, todos necesitamos de todos en un mundo colectivo que se apoya en la aldea global. La sociedad materialista y consumista que hemos desarrollado se ha olvidado de los individuos y nos relacionamos en términos económicos y así nos ha ido y nos va: el virus no respeta a nadie y no discrimina por la condición social ni la condición cultural ni la condición económica, todos caen sin conmisericordia bajo su yugo. En el futuro vamos a tener que **“desarrollar una conciencia de corresponsabilidad”** que nos permita trabajar codo con codo, de lo contrario, es probable que vuelvan otros virus más letales aún. El dolor que ha producido esta pandemia debería hacernos reaccionar.

En estos días, la obra “La Peste” de Albert Camus que fue publicada en 1947, ha vuelto a ser nuevamente citada en numerosas intervenciones y se está convirtiendo en una metáfora rediviva que nos recuerda que una epidemia nos hace reflexionar sobre nosotros, sobre nuestros valores morales y, en especial, sobre el tiempo. Nos dice Camus: “Sólo una cosa había cambiado para ellos: el tiempo, que durante sus meses de exilio hubieran querido empujar para que se apresurase, que se encarnizaban verdaderamente en precipitar; ahora, que se encontraban cerca de nuestra ciudad, deseaban que fuese más lento, querían tenerlo suspendido...”

En definitiva, esta reclusión en nuestras casas, necesaria y oportuna, nos está ofreciendo otra dimensión y comprensión de eso que llamamos “el tiempo”. Minuto tras minuto podremos ir comprendiendo en nuestra introspección el valor de nuestras horas y la importancia de viajar junto con el resto de los seres humanos en la sugestiva e interesante experiencia de este “viaje de la vida” que hacemos con el resto de la humanidad, pues como nos recuerdan los sabios orientales: **“vosotros los occidentales tenéis los relojes, nosotros, en cambio, tenemos el tiempo”**.

Juan Manuel de Faramiñán Gilbert,
Catedrático (*emeritus professor*) de Derecho Internacional Público,
y Titular de la Cátedra Jean Monnet (1997-2017),
Profesor Honorario de la Universidad Internacional de Andalucía (UNIA).
Jaen, 21/3/2020.-

La Paradoja del Siglo XXI, COVID-19

Como **paradoja** se designa un hecho o una frase que parece oponerse a los principios de la lógica. La palabra, como tal, proviene del latín *paradoxa*, plural de *paradoxon*, que significa 'lo contrario a la opinión común'; este a su vez viene del griego παράδοξα (parádoxa), plural de παράδοξον (parádoxon), que podría traducirse como '**inesperado**', '**increíble**' o '**singular**'.

Cuando el país está sumido en una crisis sanitaria sin precedentes con una profunda pena y una sensación de impotencia, de no poder ayudar, de no poder estar al lado de los que más nos necesitan...escribo estas reflexiones que título Paradoja.... porque en este siglo que nos hemos hartado de llamar la cuarta revolución industrial, el siglo de la tecnología, los algoritmos de inteligencia artificial, el siglo de la libertad y globalidad, nos hemos encontrado o mejor dicho nos ha encontrado a todos una pandemia que no sabemos explicar ni controlar.

Una de las características que distingue a los humanos de otras criaturas y que nos hace únicos es la necesidad de entender. Necesitamos encontrar una explicación de por qué suceden las cosas; y en estas situaciones que nos sobrepasan algunos encuentran la explicación en la religión, los prejuicios, las teorías de la conspiración, las noticias falsas...Todas son formas de tratar de explicar este fenómeno que nos está sobrepasando a nivel global y del que apenas sabemos nada. Es sorprendente que, en un mundo inundado de información, adelantos tecnológicos, conectado globalmente y centrado en un ajedrez geopolítico se desmorone y colapse en naciones que llamamos del "primer mundo" de esta forma tan inexplicable y confusa.

La gran crisis financiera causó grandes estragos económicos y nos trajo la temida recesión, pero de manera rápida entendimos el por qué de las causas que la desencadenaron y pusimos remedio: controles de riesgo en el sector bancario, incentivos a la economía, control de capitales, regulaciones que ponen al inversor y la transparencia en el centro, en definitiva, gestión de riesgos integrada y global. Resultado: tenemos unas empresas saneadas, unos mercados que funcionan con eficiencia y transparencia y que además como está demostrando esta crisis, resilientes desde el punto de vista de la operatividad en remoto.

Además, estábamos centrados en parar el cambio climático del que algunos ya vaticinan catástrofes ecológicas, en debatir sobre la ética y la posibilidad de que las máquinas sustituyan a los humanos, de medir los impactos de las oleadas nacionalistas, de controlar los flujos migratorios, sin embargo, COVID19 apareció en nuestras vidas de manera silente y desproporcionada.

Quizás en nuestro entusiasmo por la globalización hayamos despreciado con demasiada celeridad lo inesperado, lo singular lo único....o la evidencia científica...

¿Cisne negro? ¿Paradoja? El término da igual...soy optimista por naturaleza así que confío en que gracias a todas esas personas que **están dándolo todo** por los demás ahí fuera tengamos pronto una explicación y una cura a lo que nos desconcierta, nos amenaza y no entendemos hoy por hoy.

Laura Sacristán Martín,
Economista y Magister en Gestión Financiera, UCM y PDG, IESE
Directora Comercial, Grupo BME
Madrid, 21/3/ 2020.-

De la guerra... y de lo que no lo es

Hemos banalizado la guerra utilizando el término para nuestras disputas cotidianas. Hemos llegado a confundir la guerra con las batallas, a creer que un conflicto sobre el precio de, digamos, el petróleo puede llamarse guerra comercial. Ahora que sí estamos en una guerra, conviene aclarar las diferencias. Más que nada porque nos va mucho en entenderlas.

De forma muy sencilla -y por seguir con el ejemplo-, en las disputas comerciales, unos ganan y otros pierden, pero el sistema se mantiene. Los precios suben o bajan, hay empresas que prosperan y otras que se arruinan, pero el mercado sigue siendo el mismo. Son batallas ganadas o perdidas que constituyen la esencia misma de nuestra naturaleza. Somos animales competitivos. Lo son nuestros genes en la lucha evolutiva y cada uno de nosotros en nuestro día a día.

Las guerras son algo muy distinto. Nos confunde el hecho de que, para los occidentales de nuestra generación, las guerras en las que hemos participado son casi siempre “guerras de elección”, guerras de otros en las que defendemos unos intereses, en las que estamos -como en el símil de la gallina- implicados, pero en las que no estamos comprometidos. Son guerras, sí, pero para aquellos que se juegan su existencia o sus valores.

Mis dos primeras misiones internacionales como militar fueron en “la antigua Yugoslavia”. La diferencia está, precisamente, ahí. Yugoslavia ya no es. Aquello sí era una guerra porque cambió la naturaleza de un país. Un país, por cierto, europeo, orgulloso, y que ha producido y sigue generando un inmenso talento. En una guerra no está en juego, o no debería estar, un bien, una persona o un conjunto de personas. Lo que está en juego es una sociedad y una forma de entender la convivencia.

Por eso, ahora, estamos en guerra. Y por eso la lucha contra el virus es una batalla.

Por eso esto no va tanto de individuos como del conjunto de la sociedad. No se trata de si tú personalmente resultas infectado, ni siquiera de cuántos llegan a estarlo, sino de que el conjunto sea capaz de resistir de la mejor manera posible. En las batallas hay bajas. Suena duro decirlo, pero es así. Y no siempre los que caen son los más débiles, a veces son los que están dando la cara en primera línea. A veces, profesionales que se han estado manteniendo en un discreto segundo plano, preparándose para cuando haya que dar la cara. Personas con sus miedos y sus dolores, pero que son capaces de dejarlos de lado cuando llega su momento de actuar.

Como mi amigo Antonio, que estuvo como médico del destacamento del Ejército del

Aire que tuvo el privilegio de mandar hace tres años en Senegal. Su trabajo diario podía tener menos *glamour* que el de los pilotos, pero cuando el Embajador Virella nos pidió ayuda para socorrer a un marinero de un pesquero español que había sufrido un accidente, Antonio y su equipo se embarcaron en una lancha de la Guardia Civil para salir al encuentro del accidentado. No había Biodramina en el mundo para esa travesía, pero la misión no era sobre él, sino sobre el marinero.

Aquella batalla la ganamos. Y ganaremos la del virus. Y Antonio vuelve a estar ahora en primera fila para ayudarnos.

Pero, sobre todo, tenemos que ganar la guerra.

Y la guerra tiene que ver con nuestra forma de vida y nuestros valores. Ganar una batalla no puede suponer perder la guerra o desvirtuar su sentido. Me preocupa que el dolor o el miedo de la batalla nos haga caer en la tentación de rendirnos.

No todas las herramientas valen para ganar la batalla. No hay que ganar todas las batallas para ganar la guerra. No hay guerras sin bajas. Tenemos la obligación de minimizar esas bajas y, especialmente, de que sirvan para reforzar nuestro modo de vida y no para que lo abandonemos.

No se trata de volver al pasado. Una de las palabras de moda de estos tiempos, la resiliencia, no solo consiste en ser capaces de seguir operando en condiciones de estrés y recuperarse cuanto antes de los efectos de un ataque. La resiliencia implica también aprender de nuestros errores y debilidades para corregirlos. No para cambiar nuestro mundo, sino para reforzar su coraza.

La esencia de la libertad no consiste en un Gran Hermano que tome decisiones bien informadas basadas en la transparencia de sus súbditos, sino en ciudadanos bien informados que tomen decisiones basadas en la transparencia de la Administración que les coordina.

El liderazgo consiste en llevar el timón. El líder es el que tiene claro dónde hay que llegar a pesar de los cambios de ruta que nos imponga la navegación. Hoy que el liderazgo es más importante que nunca, no puedo dejar de rendir un homenaje a mi amigo, el teniente coronel de la Guardia Civil Jesús Gayoso, jefe del GAR, que está ahora mismo ingresado en la UCI luchando por su vida. Jesús es un líder extraordinario. Emociona el mensaje de su gente, con cuyas primeras palabras acabo:

“Si construyes un ejército de 100 leones y su líder es un perro, los leones morirán como un perro. Pero si armas un ejército de 100 perros y su líder es un león, todos los perros lucharán como leones”.

Fuerza, Jesús.

Ángel Gómez de Ágreda,
Coronel de Aviación,
Jefe del Área de Análisis Geopolítico,
DICOES / Secretaría General de Política de Defensa,
Madrid, 22/3/2020.-

Antes y después

En varias ocasiones durante estos días de encierro, mientras preparaba explicaciones grabadas para mis alumnos y veía la mejor forma de hacérselas llegar a distancia, se me ha venido a la mente un lejano recuerdo. A comienzos de 1975, justamente cuando yo iniciaba el recorrido académico como profesor en la Facultad de Derecho, se cerró la Universidad de Valladolid, como muchos todavía recordarán; fue una decisión político-administrativa, propia de la época, que buscaba algún tipo de escarmiento que frenara una conflictiva situación muy extendida en la ciudad en aquel momento. ¡Bien empezamos!, pensé yo entonces. Mi primer año de profesor y la Universidad cerrada. Y me dispuse, con nula experiencia y buena voluntad, a participar en aquella inolvidable iniciativa de la “Universidad paralela”, que pretendía mantener viva la actividad académica en aulas improvisadas, como así ocurrió.

Han pasado 45 años, me encuentro yo ahora justamente en el último año de mi trayectoria como profesor, a tiro de piedra de la jubilación, y otra vez la Universidad cerrada. ¡Bien terminamos!, pienso esta vez. Obviamente, la causa es muy distinta; un virus inédito y dañino, que lo va parando todo a su paso. Y cuando comparo aquello y esto, aquellas clases en sacristías y bares y estas grabaciones para clases virtuales a distancia, pienso también en todo lo demás, en todo lo que ha cambiado, en el contexto ilusionado de entonces, lleno de expectativas por lo que estaba ya cercano, y en la percepción colectiva de ahora, que es la de una sociedad que se sentía segura y protegida, tecnológicamente avanzada, vencedora y superior, y un buen día se levantó absolutamente vulnerable e indefensa, antes de quedarse temerosa y triste durante una temporada que nadie sabe con seguridad cuánto durará.

Sinceramente, no contábamos con esto; quizá pensábamos que a nosotros no nos podía pasar, que las pandemias eran propias del subdesarrollo, de lugares atrasados, de países lejanos. Pero a nosotros, no. Como mucho, habíamos leído en los libros, o habíamos escuchado a nuestros mayores, algo de una gripe terrible y devastadora, allá por 1918, justo hace un siglo. Pero fue cosa del pasado, de hace mucho tiempo; nada que ver con la situación ahora, con tantos avances en la ciencia y en la medicina. Y de los que sufrieron aquello con uso de razón ya no queda nadie vivo que nos pueda contar en directo lo que pasó y cómo lo hicieron frente.

Así nos pilló, perfectamente desprevenidos: un fin de semana de tiempo agradable, de manifestaciones y fútbol, una semana de creciente inquietud por la información que se iba conociendo, y otro fin de semana de estado de alarma y con aviso de confinamiento inmediato. Y así estamos, expectantes, precavidos, preocupados. Como si de repente todo lo demás se hubiera relativizado, hasta el punto de que los problemas que hace nada nos parecían especialmente graves hayan perdido importancia. Que, en toda esta

semana, ni Cataluña, ni el proyecto de Ley de Igualdad Sexual, ni las reformas tributarias, ni prácticamente nada de lo que nos ocupó hace unos días, haya sido objeto de una mínima atención, lo dice todo. Hagan la prueba: tomen al azar un periódico de hace unos días y uno de hoy mismo; compárenlos; tendrán la sensación de haber cambiado de planeta, como de estar metidos en una película de ciencia ficción, porque además hay muchas películas de esas precisamente, que imaginan un mundo invadido y asolado por plagas de todo tipo.

Y en medio de esta desorientación, supongo que nos estaremos preguntando por el día después, por cómo será todo cuando esto haya pasado. Las opciones básicas son dos: que todo vuelva a ser como antes y alcancemos relativamente pronto el nivel deseable de una sociedad alegre y confiada, o que nada vuelva a ser lo mismo, teniendo en cuenta la magnitud del acontecimiento. Porque debemos saber que el impacto de lo sucedido no va a dejar nada indemne; para bien o para mal, afectará a todo. Afectará a la economía, cómo no, que necesitará tiempo, esfuerzo, estímulo y presupuestos convenidos para recuperar el ritmo de actividad en todos los sectores, y especialmente en de las pequeñas y medianas empresas, que se van a ver más afectadas; y quede claro que no valdrán las recetas que se usaron en la todavía reciente crisis financiera, que ésta de ahora es una crisis sanitaria y social, aunque tenga también efectos financieros. Afectará a la política, por supuesto, porque si de ésta no aprendemos que hará falta dejar a un lado los frentismos radicales y excluyentes para disponerse a entrar en los espacios compartidos, naturalmente transversales, en los que se puedan fijar objetivos comunes que se van a necesitar mucho, no lo aprenderemos ya nunca. Afectará a la propia sociedad, también, no sé si sólo en las relaciones sociales convencionales, o incluso en eso que llamamos la moral cívica colectiva, ese listón del mínimo ético que nos imponemos para poder vivir en común.

De todo lo otro, lo político y lo económico, habrá mucho que hablar, muchas preguntas que hacer, muchas opiniones que expresar. Demos tiempo al tiempo. De eso último, lo social y lo moral, que es también lo que nos atañe más personalmente, está surgiendo ya un auténtico filón para el análisis. Basta observar de vez en cuando lo que nos entra en los móviles, las iniciativas individuales o colectivas, las ocurrencias simpáticas, las alarmas inquietas, las quejas tristes, las palabras de ánimo, los llamamientos angustiados, los gestos solidarios. Jamás encontraremos un material tan rico para analizarnos como seres humanos ante una situación extraordinaria. Esto es lo que no había en ninguna otra época anterior y estoy seguro de que los sociólogos, antropólogos, psicólogos, filósofos, moralistas, etc., necesitarán varias vidas para estudiarlo a fondo. Lo que se percibe a simple vista es que nos estamos echando de menos los unos a los otros, y que el deseo de volver a encontrarnos irá a más a medida que transcurran los días de aislamiento y ausencia; tal vez la distancia física se esté compensando con la cercanía moral, aumentando las dos al mismo tiempo, por

paradójico que parezca. Porque si esto fuera así, y el día después resultara que el espacio de la solidaridad real haya crecido en una sociedad que tendía ostensiblemente hacia el individualismo egocéntrico, no digo que habrá merecido la pena, porque no es así, pero sí que, al menos, nos habremos hecho un poco más conscientes de los límites de nuestra suficiencia. Que no sería poco.

Jesús Quijano,

Vocal Permanente de la Sección de Derecho Mercantil,
Comisión General de Codificación.
Catedrático de Derecho Mercantil, Universidad de Valladolid.

Valladolid, 22/3/2020.-

Artículo publicado en el periódico El Norte de Castilla el día 22/3/2020.-